



Juan Cristóbal Mac Lean E.:

Vaya uno

Apuntes sobre la Literatura



Juan Cristóbal Mac Lean E.

Como todos ya lo saben, estamos reunidos, aquí, para interrogarnos sobre la suerte de la literatura boliviana en el siglo XXI. Nada menos. El tema como tal, de entrada se presenta muy claro, no parecería esconder ninguna ambigüedad. Por otra parte, sin embargo y apenas se analizan mínimamente sus partes o términos constitutivos, la cosa deja de parecer tan fácil y tan naturalmente dada o inteligible. Es que, en efecto, no podremos dejar de vacilar, de dudar, si consideramos más de cerca la enormidad que recubre cada elemento en juego: un siglo, un país, una literatura. ¿Pero acaso estamos seguros de saber de qué se trata, o qué es lo que está en juego, a qué juega cada uno de ellos? No es seguro. Nada mejor, en todo caso y para despejarnos de dudas o, quizá mejor ahondarlas, que entrar en el mismo juego —ya sea a jugar con esos términos, esas fichas, o más bien a ser jugados por ellas.

Para volver a replantear lo que nos convoca hoy, aquí, podemos decir que se trata, en suma de interrogarnos sobre un tiempo, un lugar y una escritura. Es decir, y en definitiva, de un cuándo, de un dónde y de un qué.

Empecemos, pues, examinando a cada uno de más cerca, aunque procurando hacerlo, en cada caso, teniendo siempre presentes los otros dos términos que rodean al que veamos. Para hacerlo, empezaremos por el cuándo, o mejor dicho, por eso del "siglo veintiuno", este siglo en el que nos imaginamos estar, en el además supuestamente trataremos de imaginar, situar o vanamente predecir, el presente o el posible derrotero de un hábeas delimitado de productos editoriales (nacionales) al que designamos como "literatura boliviana".

Pero inmediatamente, y como ya todos lo habrán dicho, musitado o suspirado: ¡pero si este nuevo siglo sólo tiene cinco años! ¿Es que a los cinco años de empezado un siglo, ya se está plenamente dentro de ese siglo, en un sentido más hondo y que va más allá de la mera mensuración cronológico-calendárica?

Pues, muy probablemente, un siglo (e incluso un año, una semana, o hasta un día) solamente definido o delimitado por la cronología que la astronomía y el pacto social establecen, a la hora de la verdad posiblemente no tenga otra verdad que la de aclarar el tiempo de los balances bancarios y actividades semejantes. Podemos afirmar, en este sentido que a un siglo le puede pasar lo que a un día: ¿no nos pasa a todos, en efecto, que a la hora de acostarnos, alguna vez a las nueve de la noche, antes de dormimos consideremos que ya ha sido, que ya se ha cumplido un bonito día? O, ya también, que a las tres de la mañana, cuando estamos en una fiesta, sigamos creyendo que estamos viviendo un día muy feliz que no damos aún por terminado? En uno u otro caso, desde el punto de vista horario, mientras en el segundo ocurre lo contrario. Es digno de recordarse, en este sentido, la medición que hace ese extraordinario historiador que es Eric Hobsbawm, sobre la extensión de los siglos XIX y XX. Así, el primero habría sido un siglo largo, que partiendo de 1879 (la Revolución Francesa), llegaría a 1914 (primera Guerra mundial). El siglo XX, en cambio, sería un siglo extremadamente corto: duraría nada más que desde 1914 a 1984 (la caída del muro). De este modo, pues, el paquete temporal que encubrirá una época, un estilo del mundo, un Zeitgeist, una relativa continuidad de sentidos y sentido del mundo, puede muy bien no coincidir para nada con lo que el calendario llama siglo. Con ello, pues, la propia expresión de siglo veintiuno parece desdibujarse, así como también, si se sigue a Hobsbawm, hace ya rato que el siglo veintiuno comenzó, al mismo tiempo que no faltará, muy probablemente, quien diga que, en realidad, el siglo XXI empezó el famoso 11 de septiembre de.... Harold Bloom, por ejemplo, cuenta en una reciente entrevista que el Siglo XX ya le parece tan viejo como el XIX.

Y si todo esto ya nos previene contra un trato simplista del concepto de siglo, también podríamos preguntarnos: ¿el siglo de qué? O, ya cargando las tintas, sobre los dónde de ese cuándo, es decir, sobre las condiciones de coexistencia o contemporaneidad del tiempo de un lugar concreto (digamos una lejana población altiplánica) con el tiempo que llamaríamos "mundial". En las mismas venas, acabaríamos interrogándonos sobre la inserción de lo que llamamos Bolivia en ese tiempo mundial, sobre sus coincidencias y desfases, sus estratos arcaicos o muy en hora. Ése no es, empero, nuestro tema —si bien tiene que ver con él.

Antes de pasar hacia otro rumbo, y teniendo en cuenta lo ya dicho, resulta pertinente, entonces, que en relación con la literatura nos preguntemos: la obra de Jaime Sáenz (a quien hoy se lea más que nunca), por ejemplo, ¿ya no pertenece a lo que por comodidad calendárica llamamos siglo XXI? O, ya también inversamente: ¿debemos incluir, en nuestra consideración de la literatura nacional del siglo XXI, a los dos últimos libros —publicados después del año 2000— de Jesús Urzagasti, un escritor que más bien arrancó en la segunda mitad del pasado siglo?

Como habrán visto, pues, una bastante elemental consideración de lo que llamamos S. XXI, casi nos arrebató el mismo. Así como una consideración estricta sobre el dónde, el espacio, puede dejarnos sin saber dónde "estamos parados", ahora, ya también, no estamos muy seguros de en qué cuándo estamos. Se nos hace difícil dar la hora. Pero dejemos esto ahí.

Antes de acabar con el tema del tiempo, sin embargo, preguntémosnos, muy someramente, sobre la relación que tiene un escritor con su tiempo. Y éste es un tema enormemente complejo, pues el presente desde el que un escritor trabaja puede tanto agotarse en una actualidad más o menos breve, como comprometer grandes estratos del pasado, incidir en la bruma del futuro. Ya lo decía San Agustín en su famosa aserción de Las Confesiones: hay tres tiempos del presente; el presente del pasado, el presente del presente, el presente del futuro.

En todo caso, podemos formular así esta inquietud: ¿hasta qué punto un escritor es contemporáneo de su propio tiempo, hijo o resultado del mismo o, más bien, nada a contra corriente de él, se le adelanta o lo abomina, se desolidariza con el mismo o, en fin, se des-actualiza?

En todo caso, hemos de creer, junto con Pascal Quignard (ya

volveremos a esto) que "Escribir instituye el contra-tiempo". Ya Nietzsche había fundado la figura del intempestivo, del inactual, de aquél que escribe contra su propio tiempo, de aquel que abjura de su pertenencia a cualquier presente histórico y que, intemporal, tanto crea como derruye ese su propio tiempo.

Y ahora bien, en el tiempo que nos queda, si no nos hemos quedado sin aire, es decir, sin tiempo con qué tragarlo, pasemos a considerar ahora el dónde o, más concretamente, el lugar, o delimitación geográfica, imaginaria, histórica, en formación o en ruinas, de lo que llamamos Bolivia y ello, por lo menos en principio, en relación con este presente, en general, y con el presente de la literatura en particular.

Aquí no hemos de aventurarnos, obviamente, por los derroteros quizás tan vanos, seguro tentadores, de ensayar asertos ontológicos, avanzar presupuestos identitarios o sino enseñar evidencias en torno a eso que es o puede ser lo que sería Bolivia. Limitémosnos, nada más, a señalar rápidamente algunos rasgos insoslayables de este lugar donde estamos.

El primero, es, simplemente y como todos lo sabemos, el hecho de que hoy, en estos principios del siglo XXI, Bolivia sufre unos estremecimientos, unas sacudidas y desazones, desgarraduras, tales como nunca las habíamos visto. Menos mal, durante este coliquio estamos viviendo, todos de acuerdo, en un interregno, en el tiempo frágil de una pausa, de un respiro. Qué irá a pasar el próximo año, eso casi no se sabe. Estoy seguro, personalmente, que nada bueno. Pero nos detendremos en esto un poco más abajo, y ya vamos, pronto, a mencionar otras cosas ya sabidas, de sabiendas de manual: entre Internet, globalización, etc., el entorno o paisaje literario en el que vivimos —este siglo XIX— es más o menos "universal". Podemos leer de todo, acceder a todo. Encargar cualquier libro no es difícil, tampoco demasiado caro, mientras que inmediatamente podemos encontrar material de y sobre cualquier escritor que nos interese en Internet. Recuérdese que, digamos, hace sólo treinta años, y con suerte, uno leía lo que —por accidente o por descuido— había recabado en alguna librería. La importancia que hoy tiene algo como Internet y los desarrollos de la informática es algo que supongo no estamos aún en condiciones de calibrar. Para alguien como George Steiner, por ejemplo, estaríamos en ciernes (o ya dentro) de un movimiento histórico sólo comparable al de los movimientos tectónicos. Recordemos aquí incidentalmente que ahora hay en Bolivia una buena revista literaria virtual: palabramás.org.

Destaquemos, finalmente, otro hecho, tan conocido como doloroso: en Bolivia muy pocos leen, todos ven televisión. Hace años que viajo mucho en flota y ya conozco esto: ningún pasajero abre un libro, si no es que alguno, como mucho, se solaza con la tan elemental revista Condorito, mientras inefables, y muy odiables, varios otros gritan, piden ¡vídeo! Y vaya que esos momentos, sabiendo algo de flotas, de gentes y de viajero, pasajeros, no deja de preguntarse uno: ¿pero qué es eso de literatura nacional en ese contexto? ¿a quién le importa ese afán un bledo, aquí? Pero dejemos en remojo, de momento, esa inquietante interrogación —esa herida.

Y ahora ya nos toca, por fin (o ni modo), atacar el grueso del pastel. Ya saben: el qué, el qué de lo que aquí y hoy se trata: es decir, la literatura. Pero no vamos a meternos, por cierto y ni de lejos, a procurar responder o columbrar o adivinar nada en torno a la eterna, un poco cansona, un poco sonsa pregunta de "¿qué es la literatura?". Todo lo que preferimos decir es: vaya uno a saber que es la literatura.

Pero inmediatamente tomemos esta frase —vaya uno a saber qué es la literatura— muy en serio: ¿a dónde va a ir uno a saber cuándo partirá? ¿qué irá a saber? Y, véase, lo malo de todas esas preguntas es que inmediata o automáticamente son respondidas, si no clausuradas (aunque sólo parcialmente), por la inmediatez de facto en que se delata su ingenuidad—pellgrina ella, como toda ingenuidad. En el "vaya uno a saber", en efecto, se anuncia y se presume, se malicia, que no se irá a saber nada. Al mismo tiempo, sin embargo, ese pedazo de frase, o de sentido, no deja de excluir, siquiera sea por si acaso, que algo, algo que no sabemos, podría llegar a ser sabido. Tangencialmente nos encontramos en este punto, muy cerca o muy vecinos